

José Antonio Abella
El corazón del cíclope



menos**cuarto**

Un jurado formado por Angélica Tanarro, Gustavo Martín Garzo, Care Santos, Manuel Vilas y José Ángel Zapatero, adjudicó a *La cueva del cíclope*, escrito por José Antonio Abella, el 70 Premio de Novela Ateneo-Ciudad de Valladolid, organizado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Ayuntamiento de Valladolid.

© José Antonio Abella, 2023
© de esta edición, Menoscuarto, 2023
ISBN: 978-84-15740-96-4
Dep. Legal: P-79/2023

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: © José Antonio Abella
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Cerró la puerta con el pedrejón, que llevó a pulso; se sentó, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito.»

La Odisea, canto IX

POCOS DÍAS ANTES DE QUE MURIESE EL DICTADOR, cuando todavía estaba fresca la sangre de los últimos ejecutados en las cárceles de Hoyo de Manzanares, Barcelona y Burgos, mi primo Florencio encontró en una cueva de la cordillera Cantábrica los seis cuadernos que me han permitido construir esta novela. Mi primo era entonces un avezado escalador y solo una pasión lo dominaba: la montaña, las paredes verticales donde veía escrito el sentido del mundo. Todo lo demás (la historia, la economía, la política, la literatura, la filosofía, el cine, la gastronomía, el mus o la papiroflexia) no eran sino divertimentos para una humanidad anquilosada e inconsciente.

—Dios pone su dedo en los picos más altos —llegó a decirme un día, cuando iniciaba los preparativos de la que sería su última expedición.

Murió un año más tarde, a consecuencia de una peritonitis en el campo base del Dhaulagiri. El helicóptero fletado por el consulado español en Katmandú no llegó a tiempo de salvarlo.

Cuando Irene, su viuda, alcanzó el sosiego necesario para deshacerse de sus pertenencias y reorganizar su propia vida, descubrió aquellos cuadernos y me los entregó en la confianza de que pudiera desentrañar su caligrafía y saber si tenían más interés del

que mi primo puso en ellos. Seguían en la caja de hojalata donde los había encontrado, numerados del uno al seis. Todos estaban escritos a lápiz, con una letra apretada y minúscula. En la contracubierta muy sobada del primero, también a lápiz, se había dibujado un calendario que iba de julio de 1942 a julio de 1943, con pequeños círculos que representan las fases lunares. Había también entre sus hojas dos notas sueltas que parecían listas de compra, escritas en papelillos de fumar: café, cuatro kilos de tocino, tres cajas de cerillas, tres paquetes de sal... Y la fotografía de un niño de tres o cuatro años, muy deteriorada, cosida con un alambre a las pastas del último cuaderno.

La cueva donde los halló se llamaba y se llama «El güeyu rotu» (El ojo roto), por una fisura negra que parece partirla en dos mitades y que avanza en diagonal hacia el costado izquierdo de la pared vertical donde se abre. Pero en los cuadernos hallados por mi primo se la designa como «La cueva del cíclope», nombre que decido conservar por resultar más acorde a su contenido y porque a ciertas horas del día, cuando el sol blanquea la roca y ennegrece por contraste el aire de la cueva, parece justamente el ojo abierto de un cíclope ciego. Dicha cueva, como he dicho, está situada en una pared casi vertical, a unos cincuenta metros de la cima del Fontiellu, en uno de los picos que cierran el valle de Nocercas. En tres ocasiones intenté llegar a ella, pero mis esfuerzos fueron vanos: no tenía ni la pericia, ni los músculos, ni la experiencia ni el valor de mi primo. En cualquier caso, los escaladores que sí lo hicieron me aseguraban que en su interior no había nada. Uno de ellos, Adolfo González Urdabide, compañero de mi primo Florencio en varias escaladas, me dijo que hace treinta o cuarenta años encontró en ella un par de botas viejas

y varias botellas de vidrio que tomó por simple basura de algún furtivo o de algún montañero descuidado. Me dijo también que a la cueva podía llegarse por una estrechísima y peligrosa senda de cabras que discurre por la grieta del ojo, imperceptible desde el valle, y que su duro suelo estaba alfombrado, hacia el interior, por las abundantes cagarrutas de estos animales.

Desde entonces hasta hoy ha transcurrido casi medio siglo. Murió mi primo Florencio y ha muerto hace seis meses su viuda, que se casó en segundas nupcias con un industrial conservero de Camariñas, en A Costa da Morte. No fui a su entierro, y me he enterado por pura casualidad de su fallecimiento. Tras su segundo matrimonio, rompió todo contacto con la familia de mi primo, de quien no tenía descendencia. Por la esquela que vi en El Correo Gallego (yo estaba entonces de vacaciones en las Rías Baixas), deduje que sí tuvo hijos con el industrial conservero, y cinco nada menos: una chica y cuatro varones. A ninguno de ellos conozco y no creo que deba rendirles cuentas de estas páginas nacidas de los cuadernos que su madre me dio un día. Incluso es probable que nunca llegaran a saber que su progenitora, mi olvidada prima Irene, tuvo un primer marido que se llamaba Florencio y que murió de peritonitis en el campo base del Dhaulagiri.

José Antonio Abella, octubre de 2022

PRIMERA PARTE

EL CÍCLOPE CIEGO



CUADERNO PRIMERO

1. UN TIEMPO SIN HISTORIA

IMPOSIBLE OLVIDAR los vagidos del primo Esmeraldo, sus inconsolables vagidos de gato estrangulado. Ha pasado un tercio de siglo y todavía siguen arañando mis oídos. Dicen que el olvido es un regalo de los dioses, pero los dioses, en esto, no han sido generosos conmigo. Tampoco lo fueron con el primo, que solo vivió tres días. Su generosidad es a menudo caprichosa, errática como los deseos de un niño malcriado. A mí me obligaron a vivir y a recordar, al primo lo condenaron a ser solo un recuerdo desgraciado que morirá conmigo en esta cueva, amusgado y herrumbroso como la cruz de su tumba. Hasta el aire le negaron. Este aire de hielo que acuchilla hoy mis pulmones, que me traspasa la piel y que me haría respirar aunque estuviese muerto. Aquí, desde la cueva, veo la respiración del valle cubierto de niebla, un mar de vaho bajo las estrellas quietas. Una luna inmensa me alumbraba y me estremece. Pienso que será verano al otro lado del mundo: en algún lugar remoto, el sol calentará el aliento de la tierra y un aire sosegado transportará el polen tibio de las rosas. Pienso que el aire que respiro es el mismo que respiraron antes que yo millones de seres vivos, el mismo que la fortuna le negó al

primo Esmeraldo. Pienso en sus tres días de vida, en sus tres únicos días: ningún aire tan pétreo, ninguna negra noche tan larga como ellos.

—¡Cuánto *mejor* muerto en tu vientre, pobre hermana mía! ¡Cuánto *mejor* si no hubiéraslo engendrado! —es la voz de mi madre, que sigue brotando algunas noches sobre la tierra húmeda, como el rocío en la hierba.

Tres días. Tres días eternos como una muerte detenida. Y de nuevo asciende desde la tierra mojada la voz de mi madre:

—Una hora, no más una hora, y ya fuese terrible ese castigo que *naide* merecíamos...

Luego regresa la noche al ojo de mi cueva. Las estrellas pasan lentas entre las grietas del cielo. Crujen bajo mi peso las hojas heladas. Crece el frío en los huesos. Crece el silencio sobre la mañana, sobre los altos riscos, sobre la luz delgada que se despereza a lo lejos. Crece el silencio sin que nada lo estorbe, ni el piar de un pájaro. Es un momento breve, un instante de sombras indecisas, de bostezos que aún conservan el sabor metálico de la luna y las estrellas.

—¡Chupa del fierro, guaje —me decía el aroza—, sabe como la noche, como mi puta vida!

También mi vida entera tiene ese mismo sabor que no sospeché entonces, cuando nada sabía.

¿Qué podía saber un guaje de diez años recién cumplidos? El mundo era todavía un lugar confortable y sin historia, adormecido en las palabras pequeñas que para todo valían. El ojo sonrosado de mi ombligo era el centro del universo. La dimensión del mundo eran los pasos entre mi

casa y la ferrería. El tiempo era un conteo de campanadas en el reloj de la iglesia. ¿Cómo saber entonces que tres días son suficientes para arruinar tres vidas, o tres mil, o tres millones? Solo era un mocoso que todo lo ignoraba: y la ignorancia, como la ceguera, siempre hace más fácil la existencia. Eso es algo que se aprende con las canas, lo poco que nos enseñan. Ciegos estamos todos, lo justo para no ver cuajarones en la conciencia ni mugre en el aire. Ver es doloroso, un jodido estorbo para el arte contradictorio de respirar y seguir vivo. Cuanto más al fondo miras, más negra es la noche, más hondo el ahogo.

A veces he pensado que quizás el primo veía más allá que nosotros, por instinto, como los animales. Y que quizá por eso gemía como un gatito estrangulado, incapaz de respirar sin envenenarse con ese narcótico que llamamos vida. Lo pienso ahora, no entonces, cuando todos pensábamos que mejor habría sido parir un gato.

Todos lo pensábamos, aunque nadie lo dijera.

Incluso don Urdón, el médico.

Fue él quien pronosticó que aquellos vagidos secarían los calostros de tía Liduvina, y su alma con los calostros. Así lo predijo y así lo aceptamos sin rechistar cuantos asistimos al desdichado alumbramiento. Seca. Seca como un palo de escoba. Que no hacía falta ser médico para verlo. Bastaba con tener ojos. Dos ojos. O uno solo como el cura de Cabuerna, que se arrancó el otro para no pecar con la vista, o para pecar la mitad según decían. No estar ciego, simplemente. Ciego como el maquinista Fajardo hubiera querido estar cuando le mostraron al recién parido, como

tía Liduvina quedó a los pocos días, tras el entierro, mirando en adelante al vacío con iris de ceniza, seca la vista, muerta del alma que es lo que predijo don Urdón y lo que todos aceptamos sin resquicio.

Tía Liduvina quedó encinta a los cuarenta y cuatro años, tres después de haber marido con el maquinista Fajardo. Una parálisis infantil había contrahecho su figura, pero era una mujer de facciones agradables y espíritu sensible: la inocencia afloraba en su mirada, y eso le permitía ver con transparencia el otro lado de las cosas. Quizá por ello tuvo siempre una existencia triste, marcada desde su adolescencia por grandes ojeras que solo desaparecieron cuando el maquinista Fajardo entró en su vida. Basilides Fajardo, el tío Basi, logró en una semana lo que décadas de corsés y perneras ortopédicas no habían logrado: que la tía sonriera y todos nos diéramos cuenta de que sus ojos grises tenían irisaciones azules.

El tío Basi...

Recordarlo es recordar algunas de las horas más felices de mi infancia, cuando me levantaba en volandas y ambos girábamos como una peonza sobre su pata de palo. Lisiado como la tía, porque los topes de un vagón le habían aplastado una rodilla, llegó a Valferrado como guardabarreras del paso a nivel. La dirección de los ferrocarriles mineros le había destinado a ese trabajo sin trabajo, para el que no era un estorbo la pierna de palo que se le articulaba con dos correas de cuero en el muñón del muslo. Tampoco aquella pierna de palo era un obstáculo para su carácter confiado y dicharachero, renqueante donjuán que

ponía sonrisas de carmín a las viudas con posibles y a las mozas quinceñas. Así lo recuerdo, como un prestidigitador en cuyas manos, tiznadas de hollín, acabó por abrirse la crisálida de mariposa que tía Lidu, replegada desde su infancia, escondía tras sus ojos grises.

Tres años habían pasado desde la boda, tres años en celo contra el reloj de las vísceras, contra cuantos aseguraban sin piedad que tía Lidu era machorra. Pero finalmente, después de esos tres años, llegaron nueve meses de esperanza, de júbilo, de lunas crecientes que alumbraron cada noche hasta la noche, sin luna, en que don Urdón fue sacado de la cama por el tío Basi, ya de madrugada, con el resuello perdido por la carrera, con la prótesis clavada en el muñón y las manos clavadas en la aldaba:

—¡Despierte, don Urdón! ¡Dese *prieta*, por lo que más quiera... Dese *prieta* que mi Lidu se va en sangre..., que se me va la Lidu, don Urdón, que se me va...!

Cuando llegó el médico, tía Liduvina, agarrada a los barrotes del cabecero, se retorció en un charco de sábanas rojas, blancos los ojos, sudando cera. Don Urdón palpó su vientre picudo.

—Calma —dijo—, calma: no perdamos la calma.

Luego, mientras abría su maletín de cuero negro y se calzaba unos guantes de látex, almacenados por el uso, mandó poner a tía Lidu de través sobre la cama, con dos almohadas bajo la nuca, esparrancada en el borde del colchón, carniseca y ahuesada la pierna de la polio —*la de los hierros*, le decíamos—, pero aherrojada también la sana por un nudo de tendones, las dos muy abiertas en un babear

de sangre, como para dejar que el corazón se le saliera por la cuchillada vertical que mis ojos infantiles descubrieron entre las coyunturas de sus muslos.

Yo espiaba desde el quicio. De un lado veía el pasillo en penumbra donde fumaba el tío Basi con la cabeza gacha, al fondo, hundido sobre el banco de aguardar que había a la entrada del retrete. Mi padre tenía turno de noche y el tío estaba solo en aquel pasillo repleto de puertas. La suya, la nuestra, las de las cocinas comunales y el aliviadero colectivo, las de Teo y Mauro, que se habían abierto y cerrado aquella noche muchas veces, como dos o tres más en el piso de arriba y otras tantas en el de abajo, todas con inquilinos soñolientos que se ofrecían Para lo que haga falta, Basi, ya lo sabes, y todos rechazados por mi tío con un Gracias, Teo, ya lo sé..., o Gracias, Mauro..., o Gracias, Juana, pero ya está el médico, y la partera, y mi cuñada Selma... De verdad que no hace falta, gracias, gracias...

Después de tantos años y tantas incertidumbres, cierro los ojos y vuelvo a verme en el quicio de aquella puerta como si el tiempo se hubiera encogido de pronto, como si la extensa superficie de mi vida se hubiese arrugado con mis arrugas, convertida en un rebujo de papel que me cabe en la mano pero me desborda el alma, ese interminable pasillo de luces y sombras que llamamos alma.

De un lado, en la penumbra, el tío Basi. Del otro, tras la puerta entreabierta, la habitación de tía Lidu iluminada por dos lámparas de aceite, la comadrona escupiendo no sé qué palabras o gañidos en un afán de toallas y palanganas, mi madre con el mandil sobre la camisa de dormir, hirviendo